

# **desde la mística femenina**

## Betty Friedan y el pasado radical del feminismo liberal\*

Joanne Boucher

**A** Betty Friedan se la considera en todo el mundo una de las madres fundadoras de la segunda ola del feminismo. En *La mística femenina*, publicada en 1963, Friedan buscó exponer las ideas sexistas inherentes a la complaciente prosperidad de los Estados Unidos de la época posterior a la segunda guerra mundial. Friedan argumentaba que para millones de amas de casa estadounidenses el destino de madres y amas de casa que la sociedad les prescribía era asfixiante, represivo e incluso deshumanizador.

Anna Quindlen, en su introducción a la edición rústica más reciente de *La mística femenina*, asegura que este libro cambió su vida y la de millones de mujeres más que se involucraron en el movimiento de mujeres y

tiraron por la borda las horas vacías de trabajo doméstico y hallaron trabajo, y significado, más allá de la crianza de sus hijos y la alimentación de sus maridos. A partir del argumento de que se había persuadido a las mujeres a vender su intelecto y sus ambiciones por el precio miserable de una nueva lavadora... surgió una ola de cambio en la que las mujeres demandaron igualdad y paridad ante la ley y en el lugar de trabajo (1997: x).

Friedan se presenta a sí misma en su libro como un ama de casa suburbana más bien ingenua, aunque brillante, con una carrera universitaria, que se topa con un descubrimiento asombroso: que las amas de casa estadounidenses viven, de hecho, sumidas en la desdicha.<sup>1</sup>

\* Apareció en *New Politics*, vol. 9, núm. 3, verano de 2003.

<sup>1</sup> Para una discusión excelente sobre la estructura narrativa de *La mística femenina* de Friedan como un relato de misterio, véase Bowlby 1987. Hay que señalar que algunos estudios recientes han cuestionado el panorama de conformidad doméstica de los cincuenta que Friedan popularizó con tanto éxito. Véase, por ejemplo, Moskowitz 1996 y Meyerowitz 1994.

Friedan se presenta a sí misma compartiendo todas las experiencias de sus colegas amas de casa. Es una de ellas y ha vivido sus mismos apuros.<sup>2</sup> Sin embargo, Friedan también usa otra voz en el texto, la de la experta, la investigadora y psicóloga capacitada en la universidad. Esta perspectiva presta autoridad científica a su trabajo. La combinación de las dos voces —la personal y la científica— le da a *La mística femenina* gran parte de su fuerza dramática.

No obstante que ha sido elogiado y que posee el estatus del libro que prendió la mecha del movimiento de mujeres, las alabanzas nunca han sido incondicionales. Efectivamente, muchas feministas han criticado su miope representación de las mujeres. Apenas se encuentra alguna palabra en *La mística femenina* que pudiera indicar que las mujeres estadounidenses en los años cincuenta se enfrentaban a problemas diferentes a la trampa de la domesticidad suburbana, la que, después de todo, era consecuencia de la prosperidad económica. Los problemas que debían resolver, por ejemplo, millones de mujeres pobres, trabajadoras, blancas o no —condiciones laborales opresivas y bajos salarios, racismo y el peso de las dobles jornadas— apenas quedan registrados en la pantalla de radar de *La mística femenina*. Como señala Rosemarie Tong, “A Friedan parecía no importarle ningún otro punto de vista que no fuera el de las mujeres blancas, de clase media, heterosexuales, educadas, para quienes los papeles tradicionales de esposa y madre resultaban insatisfactorios” (1998: 26).

La escritora feminista bell hooks lleva aún más allá las perniciosas implicaciones políticas del estrecho retrato que Friedan traza de las mujeres estadounidenses, en especial dado su papel como figura fundadora del movimiento de mujeres. Hooks señala que Friedan

no tocó el tema de a quién se llamaría para cuidar a los hijos y la casa, si más mujeres como ella se veían liberadas del trabajo del hogar y obtenían un acceso igual que el de los hombres blancos al mercado laboral. No habló sobre las necesidades de las mujeres sin hombres, sin niños, sin casa. Pasó por alto la existencia de todas las mujeres no blancas y de las mujeres blancas pobres. No le dijo a las lectoras si era más satisfactorio ser empleada doméstica, nana, obrera, secretaria o prostituta en vez de ser un ama de casa de la clase ociosa (hooks 2000: 1-2).

<sup>2</sup> En su introducción a la edición que celebra diez años de la publicación de *La mística femenina*, Friedan dice “no estaba ni siquiera consciente del problema de las mujeres, hasta que empecé a escribir el libro”, 1997: 3.

Hooks sí le reconoce a Friedan que haya ofrecido “una discusión útil acerca del impacto de la discriminación sexista sobre un grupo selecto de mujeres”. Pero también ofrece esta afirmación contundente acerca de *La mística femenina*:

puede verse también como un estudio de caso del narcisismo, insensibilidad, sentimentalismo y autoindulgencia que alcanzan su punto más alto cuando Friedan, en un capítulo titulado “Deshumanización progresiva”, compara los efectos psicológicos del aislamiento sobre las amas de casa blancas con el impacto del confinamiento sobre el autoconcepto de los prisioneros de los campos de concentración nazis (hooks 2000: 3).

Muchas otras feministas comparten las críticas de hooks; para ellas el trabajo de Friedan representa las graves limitaciones del feminismo liberal o burgués como teoría y como base para la acción política. Las fallas del feminismo liberal se centran en su aceptación aparentemente aproblemática del capitalismo estadounidense como un sistema estructurado sobre la libertad económica que solamente necesita unos cuantos ajustes (como la eliminación de “prácticas no justas”: el racismo o el sexismo) para funcionar bien y ser justo. El hecho de que Friedan se centrara tan solo en las amas de casa blancas, de clase media, y presentara sus dilemas como emblemáticos de los de todas las mujeres demostraba las presuposiciones de *La mística femenina* sobre el carácter del sexismo y el capitalismo. Se ha considerado, además, que la perspectiva liberal o burguesa de Friedan dio forma a la política liberal que siguió como primera presidenta de la Organización Nacional de Mujeres (NOW), cuya preocupación fue el logro de la igualdad económica y civil y que evitó introducirse en el territorio más conflictivo de la política sexual.

En efecto, Friedan es famosa por su vociferante oposición inicial a los temas del lesbianismo, en particular, y de la sexualidad, en general, como temas legítimos para la discusión política en NOW (una postura que modificó más tarde). Promovió una respetabilidad que era anatema para muchas de las radicales de los primeros días del movimiento de mujeres. Se obstinó en que el movimiento de mujeres se presentara como razonable, moderado, heterosexual, defensor de la familia y no destructor de ella, un movimiento que simpatizaba con los hombres y no los odiaba. Su imagen de feminista liberal paradigmática se vio incluso fortalecida cuando publicó *La segunda fase* (1981), libro en el que sistemáticamente señalaba los peligros de lo que ella veía como excesos del movimiento de mujeres. De este modo, su persona pública y las posturas políticas que defendió parecían ser totalmente consistentes con su feminismo liberal.

Por otro lado, en el relato sobre la evolución del movimiento de mujeres, Friedan y su texto clásico son, de manera definitiva, básicos. Son el epítome de una versión temprana, menos sofisticada y menos inclusiva del feminismo. Es el feminismo de una mujer blanca, privilegiada, de clase media que no tenía idea de las vidas de las mujeres que vivían fuera de los límites de los suburbios seguros y prósperos. En este sentido, *La mística femenina* representa el pasado sencillo del feminismo que ya fue sobrepasado por años de debate y experiencia política. El trabajo de Friedan representa el pasado ingenuo, en absoluto sofisticado, del movimiento de mujeres. Se trata de un pasado que se dejó atrás a medida que las mujeres se ilustraron como resultado de décadas de lucha, debates y experiencia.

### Antes de *La mística femenina*

En este contexto teórico y político, las revelaciones del libro de Daniel Horowitz, *Betty Friedan and the making of The feminine mystique* ("Betty Friedan y la elaboración de *La mística femenina*"), son profundamente dramáticas y desorientadoras. Horowitz presenta con detalle una gran cantidad de elementos que prueban los compromisos políticos de Friedan, en absoluto burgueses o liberales, anteriores a la publicación de *La mística femenina*. Muchos de los datos históricos nuevos que Horowitz ofrece son significativos precisamente porque ponen en cuestión el ordenado relato según el cual el movimiento de mujeres ha ido ilustrándose progresivamente: de limitado y exclusionista a sofisticado y con aspiraciones de ser completamente inclusionista. El libro de Horowitz destruye esta especie de fábula darwiniana sobre la evolución de la política feminista y sus fases liberal, radical, socialista, mundial y posmoderna que representan avances en la pirámide evolutiva de la política.

Los siguientes son algunos de los hechos destacables del pasado político radical y feminista de Friedan que estaba oculto y Horowitz ha sacado a la luz:<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Uso el término "feminista" deliberadamente. Existe bastante evidencia que señala que las activistas del Partido Comunista de EUA, de los sindicatos radicales y las organizaciones del Frente Popular estaban muy conscientes de la necesidad de luchar contra "el machismo" (y "el chovinismo blanco"). Por supuesto que esto no necesariamente (en el contexto de un marxismo ortodoxo) es "feminismo", tal y como se entiende hoy. A pesar de ello, uso el término para enfatizar que la investigación de Horowitz indica que Friedan estaba claramente consciente de la posición desigual de las mujeres en la sociedad estadounidense desde mucho antes de comenzar su proyecto para *La mística femenina*.

- Durante sus estudios en el Smith College (1938-1942), la política de izquierda de Friedan creció bajo la influencia de las perspectivas radicales de sus profesores. Llevó sus creencias a la práctica. Friedan —que entonces usaba su apellido de soltera, Goldstein— fue editora de un semanario del campus de la universidad en el que presentaba sus posturas, por ejemplo, en contra de la intervención en la segunda guerra mundial (hasta antes de Pearl Harbor) o acerca de la sindicación de las empleadas domésticas del campus. Asistió a un curso de verano en el famoso campo de entrenamiento para activistas, el Highlander Folk School.<sup>4</sup>
- Friedan estudió durante un año la maestría en psicología en Berkeley (1942-1943). Le ofrecieron una beca, pero la rechazó. Mientras estuvo en Berkeley, su medio social constaba de miembros activos del Partido Comunista de los Estados Unidos. Hay que señalar que uno de sus novios, David Bohm, miembro del partido, era un físico que trabajaba en el Proyecto Manhattan, en la elaboración de la bomba atómica. Más tarde fue requerido por el Comité sobre Actividades No Americanas (HUAC), lo mismo que varios de sus profesores de Berkeley. Bohm fue absuelto y salió del país (Horowitz 1998: 147-8).
- Después de Berkeley, el primer empleo de Friedan en la ciudad de Nueva York fue como periodista en *Federated Press*, el servicio de noticias más importante de tendencia izquierdista. Mientras trabajó en *FP* (1943-46), Friedan escribió, entre otros, reportajes que promovían los sindicatos, revelaban y se oponían a la explotación de las empresas y denunciaban el racismo y el sexismo (Horowitz 1998: cap. 6).
- Después de que la despidieron de *FP* (para darle su puesto a un hombre o debido a sus posturas excesivamente prosoviéticas, no se sabe con certeza) su siguiente empleo fue como reportera de *UE News* (1946-52), el

<sup>4</sup> Su biógrafa, Judith Hennessee, comenta: “Lo más importante que le sucedió a Betty en Smith fue su radicalización. Se comprometió con la filosofía marxista...” y cita de uno de los editoriales de Friedan, en el que defiende con fuerza el derecho a organizar sindicatos como un derecho democrático y estadounidense: “Cuando los nazis subieron al poder en Alemania atacaron y destruyeron los sindicatos ... Para que el fascismo sobreviva deben prohibirse todas las instituciones libres y democráticas ... Los sindicalistas son ... tan estadounidenses como las historietas que leen, las películas que ven, la cerveza que toman, las calles en las que viven; sus metas son básicas para la protección y expansión de la democracia en EUA”, Hennessee 1999: 26.

boletín del sindicato de los Trabajadores Unidos de la Industria Eléctrica, de la Radio y la Maquinaria. Este era uno de los sindicatos más radicales del país y estaba en la órbita del PC. Hay que subrayar que Friedan escribió extensamente sobre los problemas de desigualdad y privaciones específicos a los que se enfrentaban la clase obrera y las mujeres afroamericanas. Friedan escribió un panfleto importante, *UE fights for women workers* ("El UE —o sindicato de electricistas— lucha por las trabajadoras"), en 1952 (Horowitz 1998: cap. 7). En este panfleto, describía la manera en la que el Estados Unidos empresarial explotaba a las mujeres trabajadoras y practicaba la discriminación. Como explica Horowitz: "Para apoyar la demanda de un salario igual por trabajo igual y para luchar en contra de la discriminación hacia las mujeres, contradijo los estereotipos que justificaban que se les pagara menos a las mujeres: que físicamente eran más débiles, que ingresaban a la fuerza de trabajo sólo temporalmente, que no tenían familias que mantener y que trabajaban sólo para satisfacer pequeños gustos". Y "llamó la atención sobre 'la situación aún más lastimosa' de las mujeres afroamericanas que debían enfrentarse al 'doble obstáculo' que significaba ser mujer y afroamericana" (Horowitz 1998: 139).

- Mientras trabajaba como periodista *freelance* (después de salir de *UE News* en 1952), escribió otro panfleto para *UE* en 1953, *Women fight for a better life! UE picture story of women's role in American history* ("Las mujeres luchan por una vida mejor. Relato fotográfico de UE sobre el papel de las mujeres en la historia") en la que "utilizó fotografías y textos que mostraban los aspectos sociales, económicos y políticos de la historia de la manera en que las mujeres estadounidenses habían luchado contra la discriminación y por la paz, la justicia y la igualdad, a lo largo de siglos". Nuevamente, hizo hincapié en la "doble discriminación" a la que se enfrentaban las mujeres afroamericanas en los EUA (*Ibid.*).
- Durante su segundo embarazo despidieron a Friedan de *UE News*. Su vida, desde 1952 hasta 1963 se acerca bastante a la del ama de casa suburbana central de su voz narrativa en *La mística femenina*. Sin embargo, incluso en este renglón, Horowitz ofrece un recuento completo de lo poco ortodoxa que era como ama de casa. Friedan siguió escribiendo artículos como *freelance*, muchos de ellos basados en sus experiencias, y daba clases de escritura en la Universidad de Nueva York y la Nueva Escuela para la Investigación Social. Es decir, que siguió siendo extremadamente activa en la política basada en la comunidad, escribiendo,

por ejemplo, acerca de un proyecto educativo reconocido en el nivel nacional que ella estableció en su comunidad (Horowitz 1998: cap.8).

Durante cuatro décadas esta información no se conoció, aunque la misma Friedan había dado una pista bastante clara y pública. En un ensayo de 1974, publicado en la revista *New York*, "The way we were-1949" ("Cómo éramos-1949", que después se incluyó en su colección de ensayos, *It changed my life* ("Cambió mi vida"), Friedan ofrece un análisis de su estado de ánimo en ese año. Declara que

Después de la guerra, estuve muy metida en política, era radical de una manera muy consciente. Claro que no en lo que se refería a las mujeres, en absoluto. Ser radical en 1949, quería decir estar preocupada por los negros y la clase obrera, la segunda guerra mundial y el Comité de Actividades no Americanas y McCarthy y los juramentos de lealtad, las divisiones y los cismas comunistas, Rusia, China y la ONU, pero ni se te ocurría pensar políticamente en el ser mujer. Sólo desde hace poco empezamos a pensarnos como mujeres. Pero eso no era político, era lo contrario de la política (1976: 27).

Como señala Horowitz, ni Friedan ni ninguna periodista o académica le siguió el hilo a esta declaración asombrosa. No fue sino hasta que Horowitz publicó por primera vez los resultados de su investigación en un artículo de 1996 en *American Quarterly* (su libro salió a la luz en 1998) que el secreto se hizo público. Como apunta Horowitz: "Con ciertas excepciones, Friedan, en público, ha evitado, negado, minimizado u oscurecido sus convicciones políticas progresistas de los años cuarenta y cincuenta, especialmente en lo que se refiere a las mujeres".<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Continúa y resume limpiamente todos los detalles significativos que hacían falta en el relato conocido de su vida: "Rara vez, si es que alguna, ha mencionado públicamente que trabajó para las publicaciones de *Federated Press* o *UE News*, ni ha revelado que es autora del panfleto de 1952 sobre discriminación sexual en contra de las mujeres trabajadoras. Tampoco ha hablado del carácter de los suburbios en los que vivió desde comienzos de los cincuenta, o del modo en que veía este programa innovador como una respuesta al macartismo. No ha señalado que tenía que eliminar las referencias a la clase y la raza en lo que escribía para las revistas populares de los cincuenta, o la forma en que cuestionó el consenso durante la guerra fría en las versiones publicadas. Cuando habla sobre *La mística femenina*, Friedan no ha mencionado cómo, desde el primer borrador hasta el producto final, cambió el tono y estrechó su enfoque. Finalmente, apenas ha insinuado de manera vaga la conexión entre su libro y sus relaciones anteriores con el marxismo o el feminismo progresista. Omitir estas experiencias de la historia de su vida le ha permitido a Friedan insistir en que hasta 1957 no sabía casi nada o nada de los temas de mujeres".

Tras esto, Friedan sí cooperó extensamente con Judith Hennessee para la elaboración de su biografía de 1999, *Betty Friedan: her life*. Hennessee se ocupa brevemente del activismo político de Friedan en las décadas de los cuarenta y cincuenta; la presenta abiertamente como marxista durante sus años universitarios y apunta que su rechazo de sus años cruciales como activista, de 1943 a 1952, no tiene importancia. Sin embargo, a diferencia de Horowitz, se concentra en los aspectos más personales de la vida de Friedan, sus relaciones familiares, su matrimonio, romances, hijos, rasgos de personalidad, etcétera. En este sentido, el retrato que hace Hennessee de Friedan concuerda más con la manera en que se presentó a sí misma en *La mística femenina*. Sólo hasta hace unos cuantos años, con la publicación de su autobiografía, *Mi vida hasta ahora*, Friedan misma proporcionó detalles en abundancia acerca de su pasado radical.<sup>6</sup>

### Más allá de *La mística femenina*

¿Qué podemos pensar de toda esta nueva información acerca de los años ocultos de activismo político de Friedan? ¿Cuáles son las implicaciones para una evaluación de Friedan como autora, líder feminista, feminista liberal, feminista socialista? ¿Cuáles son las implicaciones para una comprensión de *La mística femenina* como un texto fundador del feminismo de la segunda ola? En términos más generales, ¿qué aprendemos sobre la contribución de las mujeres del Partido Comunista y sus círculos políticos al movimiento de mujeres?<sup>7</sup>

<sup>6</sup> A pesar de la honestidad con que escribe su autobiografía, Friedan sigue presentando sus compromisos políticos con cierta ambigüedad. Por ejemplo, en el siguiente pasaje, pareciera ser una estudiante de la política radical definitivamente pasiva. Sobre sus primeros días en Nueva York, Friedan comenta: “en las clases de la Escuela Jefferson, aprendimos que el comunismo era un sistema que ponía primero los intereses de la gente y en el que quedaba abolida la ganancia privada derivada de la explotación de los trabajadores... Con España como ejemplo, también aprendí que el comunismo para proteger la revolución frente a sus enemigos, en su país y en el resto del mundo, tuvo que suspender la libertad de expresión y de prensa, así como otros derechos democráticos que son fundamentales para nosotros. Nos dijeron que en el capitalismo, las libertades democráticas, como la religión, eran ‘opio’ para las masas, al servicio de los intereses de los especuladores para mantener a la gente entretenida y tranquila. Nos dijeron que los dos partidos políticos de los Estados Unidos estaban controlados por grandes empresas y sus redes, periódicos, la cultura, etcétera”. Friedan 2001: 72.

<sup>7</sup> Para un libro excelente que profundiza en el activismo de las mujeres del Partido Comunista estadounidense y su contribución al feminismo de los sesenta, ver Weigand 2001.

Queda claro que hay que reconsiderar las descripciones (y las desestimaciones) de Friedan como una feminista liberal que no tenía idea de nada. Queda claro que era una activista política astuta y avezada cuando escribió *La mística femenina*. Podría decirse que su experiencia política y profesional fue lo que le permitió captar de manera tan brillante el estado de ánimo de las amas de casa de clase media y atraerlas. Dejó fuera referencias a Marx, Engels y de Beauvoir que, de acuerdo con Horowitz, estaban incluidas en los primeros borradores y en vez de ello resaltó su persona como una universitaria y ama de casa atrapada. En resumen, se podría decir que la Betty Friedan descrita por Tong y hooks ya no existe. Además, como se menciona arriba, la investigación de Horowitz plantea varias interrogantes graves sobre la cronología al uso del mismo movimiento de mujeres y sobre las relaciones entre el feminismo liberal y el socialista. Finalmente, el trabajo de Horowitz es un recordatorio poderoso, como él dice, de que “los movimientos sociales y sus líderes no... provienen de la nada. Tienen historias que moldean de manera poderosa sus destinos” (Horowitz 1998: 245).

Todas esas interrogantes tendrán que ir respondiéndose con los años, pero hay una que debe abordarse de inmediato: ¿por qué Betty Friedan evadió una discusión pública sobre su pasado político? ¿Cómo aborda Horowitz la pregunta específica de su ofuscación respecto de su pasado? Argumenta lo siguiente:

Friedan tenía razones para preocuparse de que su participación en la política radical durante por lo menos doce años desde 1940 significara que si contaba su vida completa después de 1960 corría un riesgo, dado el poder del macartismo tanto en la memoria como en la realidad... Si Friedan hubiera revelado todo a mediados de los sesenta, le habría restado impacto a su libro, se hubiera expuesto a un peligro real y habría puesto en riesgo el movimiento de mujeres (Horowitz 1998: 242-3).

De modo que obscurecer su pasado fue solamente una elección inteligente y utilitaria. Si se considera esta motivación para el encubrimiento, para Horowitz resulta “moralmente razonable”, puesto que “a principios de los sesenta, protegerse del macartismo era un acto comprensible y defendible” (Horowitz 1998: 322 n. 26).

De hecho, el recuento que hace Horowitz del pasado político de Friedan se estructura en torno a la noción de la “tragedia del macartismo”, según la cual la ola de anticomunismo que asoló a los Estados Unidos en los años cincuenta acabó con una tradición de izquierda nacional, quebró las relaciones entre generaciones de radicales y aterrorizó a disidentes como Friedan llevándolos a la inactividad y el silencio. Horowitz expresa: “quiero subra-

yar el daño que el macartismo le infligió a los movimientos sociales progresistas en los años cuarenta y a principios de los cincuenta, especialmente al feminismo, al que empujó a la clandestinidad, aunque no pudo destruirlo” (Horowitz 1998: 12).

Pero, ¿por qué contar todo esto ahora? El clima político se presta mucho más hoy en día para este tipo de noticias. Parecería que ya desapareció cualquier tipo de amenaza planteada por el anticomunismo a ultranza. Y la motivación de Horowitz es precisamente revelar las pérdidas políticas que sufrió Estados Unidos debido al macartismo, es decir el silenciamiento de lecciones y experiencias de una generación entera de radicales. Pretende restaurar el sentido de continuidad de la política feminista desde los años cuarenta hasta los sesenta y lamenta la falta de un diálogo entre lo que él llama el feminismo de la vieja izquierda y el de la nueva izquierda y busca promover este diálogo con el ejemplo de la vida de Friedan.<sup>8</sup> De este modo, escribe,

lo que sentía era que lo que yo iba a revelar sobre su vida la convertía en un personaje más significativo, heroico e interesante de la historia de los Estados Unidos que lo que su propio relato permitía. Después de todo, estaba argumentando que la vida de Friedan, al vincular a la vieja izquierda con los años sesenta, le daba al feminismo de la segunda ola un legado más rico, uno del cual tanto Friedan como las feministas estadounidenses deberían estar orgullosas (Horowitz 1998: 13).

Por su parte, Friedan, parece no haberse impresionado en absoluto con los esfuerzos del profesor Horowitz y se negó a cooperar con él. No le concedió entrevistas ni el derecho a publicar fragmentos de sus trabajos inéditos. Su actitud hostil se despliega en su reciente autobiografía:

Un historiador desconstruccionista quisiera rechazar mi credibilidad como escritora de *La mística femenina* afirmando que se trató de una maquinación comunista, que comenzó en mis días de estudiante en Smith y mi inmersión en el mundo del trabajo, e insistiendo en que nunca fui una verdadera ama de casa suburbana. Pero eso no es cierto. Mi experiencia con el dogma comunista me había hecho

<sup>8</sup> Horowitz comenta que así como existen voluminosos recuentos de las “serias y enredadas conversaciones” entre hombres de la vieja y la nueva izquierda, no hay discusiones del tipo entre mujeres: “Notables por su inexistencia son las discusiones francas entre mujeres de la vieja y la nueva izquierda, una de cuyas consecuencias es que la mayor parte de las feministas de los sesenta tenía muy poca idea o ninguna sobre lo que sus progenitoras, incluyendo a las que se encontraban entre ellas, habían aprendido y vivido”. Horowitz 1998: 249.

saludablemente desconfiada de todo dogma que oculte la experiencia real, a la vez que Smith me había proporcionado la capacidad conceptual para abordar la mística femenina; la práctica como reportera de campo me dio un tercer oído que me permitía escuchar los trozos de nuevas verdades tras las negaciones, las defensas y las rigideces. Dicha capacidad para seguir pistas, pescarlas en varios ámbitos diferentes, fue muy valiosa una vez que me comprometí a resolver ese misterio (Friedan 2001: 111).

¿Cómo explicar la hostilidad de Friedan? Después de todo, la amenaza del macartismo desapareció hace tiempo y ella misma ha hablado de su involucramiento con causas de la izquierda. Un pasado radical lo único que haría sería mejorar su imagen dentro del movimiento de mujeres. La clave para mí está en la declaración confiada de Horowitz, según la cual “la vida de Friedan ... le daba al feminismo de la segunda ola un legado más rico, uno del cual tanto Friedan como las feministas estadounidenses deberían estar orgullosas”. De hecho, Horowitz presenta incontables pruebas de que

Por lo menos desde 1940 hasta 1953, [Friedan] vivió en un mundo en el que los comunistas y sus simpatizantes tenían puestos influyentes, en el que fue testigo de los ataques a “los rojos” y en el que conoció la ideología de los comunistas estadounidenses, especialmente en sus apelaciones del Frente Popular (Horowitz 1998: 134).

Teniendo lo anterior en cuenta, esperaríamos más cautela al hacer afirmaciones acerca de un legado digno de orgullo. Después de todo, en esta época, Stalin estaba en la cúspide de su gobierno en la URSS y dedicado a cometer crímenes políticos de proporción histórica que los partidos comunistas del mundo pasaban por alto sin mayor preocupación o justificaban para no destruir su fe en la existencia de una utopía universal. Además, no hay duda de que el Partido Comunista de EUA adhería a la idealización del régimen de Stalin y recibía “línea” de Moscú en temas tanto nacionales como internacionales. Aquí es donde la ansiedad y hostilidad de Betty Friedan se vuelven totalmente comprensibles. Decir que este es un legado político “problemático” con el que los izquierdistas y las feministas de la vieja y la nueva izquierda tienen que lidiar es subestimar el caso de una manera inconmensurable.

### **Angustias políticas**

El relato que hace Horowitz de la vida política de Friedan es, argumentaría, unilateral, en cuanto se centra en “la tragedia del macartismo” y presta poca atención a “la tragedia del estalinismo”, al grado de que puede prestarse a distorsiones. No quiero decir que haya que olvidar el triste legado del

macartismo con el que se perdieron empleos, destrozaron vidas y el radicalismo debió entrar en la clandestinidad. Pero es fundamental insistir en el legado atroz del estalinismo y sus efectos sobre los Estados Unidos —adherencia ciega a las líneas del partido, disculpas por crímenes inexcusables en contra de la humanidad a nombre de un bien mayor—, lo que también desempeñó un papel central en la desacreditación de las aspiraciones de más de una generación de socialistas.

Esta estrategia narrativa deja ver que a Horowitz le angustia que lo relacionen con cualquier tipo de ataque a los rojos si es que critica abiertamente al PC de EUA y a sus simpatizantes. Horowitz, por lo tanto, se ubica —dentro de los debates actuales de la historiografía estadounidense— como parte de una corriente de historiadores que quieren restaurar la imagen del PC como una organización compuesta por “radicales hechos en casa”, motivados por una pasión por la justicia social. Esta corriente historiográfica se contrapone a la que considera al PC como un mero vehículo para los objetivos soviéticos. Horowitz y otros historiadores de la misma corriente quieren explorar ciertos asuntos “sin centrarse en la obediencia de ciertos miembros del partido a la línea marcada por el partido soviético”. Rechaza este enfoque, porque presenta

un modelo unidimensional centro-periferia que exagera el grado de control del Kremlin y del Partido Comunista sobre la gente a la que pensaban recipientes pasivos e ingenuos de una línea de partido. Dicha perspectiva hace un hincapié excesivo en la importancia real de la pertenencia al partido, así como en la influencia del partido y de Moscú (Horowitz 1998: 10-11).<sup>9</sup>

En vez de ello, Horowitz propone “subrayar las diversas fuentes del radicalismo estadounidense, cuyos orígenes, poder y sofisticación se subestiman cuando el enfoque se centra en el partido” (Horowitz 1998: 11). Y escribe: “Puedo percatarme de cómo los progresistas se unirían a los miembros del partido para apoyar la alianza soviético-estadounidense durante la segunda guerra mundial o para luchar por la justicia social para las mujeres y las personas afroamericanas” (Horowitz 1998: 12-13).

<sup>9</sup> Para una discusión excelente de las tendencias generales y las divisiones en los enfoques sobre la historia del Partido Comunista de EUA y asuntos relacionados con esto, véase Isserman 1982: vii-xii.

A través de este prisma, analiza Horowitz la vida política de Friedan. Describe específicamente a Friedan como una feminista o radical del “Frente Popular”. Con esto pretende incluirla entre aquellas personas que “lucharon contra el anticomunismo y se vieron inspiradas por cuestiones articuladas por los radicales: tanto miembros del partido como personas que no eran miembros” (Horowitz: 11).<sup>10</sup> No aborda específicamente el hecho de que Friedan fuera o no, de hecho, miembro del Partido Comunista de EUA.<sup>11</sup> Sin embargo, como se señala arriba, sí la ubica directamente en los círculos del partido.

A pesar de todo, también insiste en que no fue una adherente dogmática del estalinismo. Sostiene lo siguiente:

Yo sabía que en la inmensa cantidad de artículos que Friedan publicó en los años cuarenta y principios de los cincuenta, algunos de los cuales aparecieron en publicaciones patrocinadas por el Partido, nunca mencionó o mostró preferencia por el sistema social o económico soviético. No he hallado evidencia de que hubiera sancionado las matanzas de millones de personas realizadas por los estalinistas en la URSS, que hubiera aprobado el que estadounidenses pro soviéticos le comunicaran secretos de seguridad nacional a una nación extranjera o que viera con buenos ojos la predilección del partido por cambios dramáticos y oportunistas (Horowitz: 11-12).<sup>12</sup>

<sup>10</sup> Como argumento más abajo, creo que esta definición es especialmente evasiva. No indica el grado hasta el que eran inseparables los frentes nacional e internacional.

<sup>11</sup> En un pasaje muy evocativo de *Mi vida hasta ahora*, que combina el candor con el disimulo, Friedan evade la cuestión de la pertenencia al partido. Cuenta una historia colorida sobre la vez que fue a solicitar ser integrante del partido, pero nunca ofrece la resolución del chiste. Escribe: “Un día antes de irme a Berkeley, busqué la dirección de las oficinas del Partido Comunista en Nueva York y, el día que no tenía que ir al hospital, fui a su oscuro y lúgubre edificio en la calle 13 y les anuncié que quería volverme miembro. La mujer que estaba en el escritorio se veía un poco sorprendida. Tal vez no era muy común que una chica universitaria bien vestida, con un conjunto de suéter y blusa Braemar, zapatos de tacón y perlas, apareciera de la nada y anunciara que quería ser comunista, o tal vez lo era. En esa época en Estados Unidos no era en absoluto ilegal, ni siquiera comprometedor o subversivo, ser socialista o comunista o troskista. Claro que cuando regresé a casa y le dije a mis padres, a mi padre le dio un ataque. ‘¿Para eso mandé a mi hija a Smith, para que se convirtiera en comunista?’ Pero yo hablaba sobre cualquier tema con tanta pseudosofisticación; utilizaba todas esas palabras sexuales que había aprendido en la clase de psicología, a la vez que me ensarzaba en las batallas del asiento trasero para mantener intacta mi virginidad”. Friedan 2001: 57-58.

<sup>12</sup> A pesar de la definición exagerada de Horowitz, la evidencia en este caso es ambigua. Ciertamente, como se menciona después, Friedan parece haber estado muy preocupada por la posibilidad de una alianza soviético estadounidense en los años de posguerra. Además, escribió acerca de la bomba atómica y el espionaje, sugiriendo que la bomba

Esto, por supuesto, no prueba nada en absoluto. Ni siquiera el mismo Joseph Stalin se ajustaría a esta absurda definición de un estalinista: nunca publicó sus asesinatos masivos y es claro que había espías que operaban de manera clandestina en los EUA. De este modo, Horowitz produce una definición exagerada del estalinismo para probar que Betty Friedan no era una estalinista dogmática. Además, minimiza constantemente el grado en el que, hasta donde parece ser, las posturas políticas sostenidas por Friedan estaban en total consonancia con la línea oficial del Partido Comunista de los EUA. Da cuenta de las posiciones que tomó Friedan en los artículos de *FP* y *UENews* como aquellas de una radical independiente que sostenía sus propios puntos de vista. El hecho de que en virtualmente todos los casos que Horowitz narra, su trabajo defendía los intereses y puntos de vista del Partido Comunista de los EUA no se reconoce y mucho menos se da cuenta de él.

Me detengo en un ejemplo que Horowitz cita de la época de Friedan en *FP*:

Debido a que a Goldstein [su nombre de soltera] también le preocupaba que las tensiones entre EUA y la URSS fueran signos tempranos de la guerra fría, ella esperaba que el orden en la época de posguerra estuviera basado en la continuación de la amistad entre los dos países. En marzo, menos de dos semanas después de que Winston Churchill pronunciara el discurso en el que acuñó la frase "cortina de hierro", Goldstein y Kolkin [un colega de *FP*] escribieron un reportaje que hablaba favorablemente acerca de una protesta contra Churchill y su fomento de las hostilidades entre los Estados Unidos y la URSS. Días más tarde, discutió sobre cómo el interés por el petróleo llevaba a los británicos a apoyar un gobierno antidemocrático en Irán al mismo tiempo que veía con escepticismo las noticias sobre la presencia militar soviética en ese país. En la primavera de 1946, expresó su preocupación por el apoyo de EUA a ciertos gobiernos fascistas, lo que podría llevar al deterioro de las relaciones soviético estadounidenses (Horowitz 1998: 115).

Este pasaje es indicativo del método general usado por Horowitz en su acercamiento a la política de Friedan. La presenta como una periodista independiente o una feminista del Frente Popular y pasa por alto las señales patentes de que su trabajo promueve posturas totalmente alineadas a las del Partido Comunista de EUA (para no hablar de los intereses de la URSS).

Con esto no quiero decir que las posiciones políticas específicas que Friedan tomaba estuvieran equivocadas o fueran problemáticas sólo porque

debía estar en manos de civiles. Es más, negó la existencia del espionaje soviético. Se refirió a "la pantalla de humo del escándalo de espías canadiense" (es decir, el caso Gouzenko) a partir del cual infirió que se estaba armando un complot para evitar el uso de energía atómica con propósitos pacíficos. Horowitz 1998:116.

coincidían con las del PC; se trata de señalar que una y otra vez Horowitz oscurece o minimiza el grado en el que ella está rodeada por miembros del PC, adopta posturas del PC y promueve instituciones y organizaciones relacionadas con el PC en sus textos. Por ejemplo, Horowitz se refiere cuatro veces a los tratos de Friedan con Ruth Young. Se refiere a una entrevista con Young como el artículo más importante que Friedan escribiera sobre mujeres en *FP* durante la guerra. Se refiere a Young como “funcionaria del UE [sindicato de electricistas]... una fuerte defensora de los derechos de las mujeres en el movimiento sindicalista” (Horowitz 1998: 109). Después es “Ruth Young, la líder del UE a quien Friedan había entrevistado en 1943...”<sup>13</sup> La tercera referencia señala que Friedan “conocía a Ruth Young, la feminista clave en el liderazgo del UE” (Horowitz 1998: 144). No hay mucha preparación, entonces, para la última referencia a Young, que dice:

La transformación de la vida de Ruth Young durante el macartismo estaba llena de un sentido especial para Friedan puesto que ella había escrito sobre Young durante sus primeros años como periodista especializada en temas laborales. Young, comunista desde 1937 e hija de un comunista, fue la primera mujer integrante de un comité ejecutivo del UE y se mostraba activa en el Congreso de Mujeres Estadounidenses [una organización del Frente Popular del PC] (Horowitz 1998: 150).

A continuación, Horowitz cuenta una historia sobre Young y la desradicalización de su esposo y sus respuestas ante el macartismo. Así que, por un lado, las conexiones con el PC no se mencionan. Y cuando se mencionan, sólo sirven para resaltar la “tragedia del macartismo”.

Una estrategia similar utiliza Horowitz en su recuento de la relación de Friedan con el periódico, *Jewish Life*. Escribe Horowitz:

Nada ilustra mejor los intereses en torno al macartismo que el tratamiento de los artículos que Friedan escribió para *Jewish Life: A Progressive Monthly*. Esta publicación, señalaba un académico, “estuvo en la órbita del Partido Comunista” hasta 1956. Aunque se disculpaba por el antisemitismo soviético, el periódico de diversas formas luchaba por causas admirables. En sus páginas, los escritores exploraban la relación entre la vida judía y la política progresista. Celebraron la resistencia de los judíos durante el levantamiento del gueto de Varsovia. Hicieron hincapié en

<sup>13</sup> El contexto es un pasaje sobre un texto de Friedan acerca del Congreso de Mujeres Estadounidenses “cuya creación en 1946 Friedan había ayudado a anunciar en *Federated Press*”. Horowitz se refiere a este como “la organización de mujeres progresistas más importante del Frente Popular. Era la rama estadounidense de la Federación Internacional Democrática de Mujeres (WIDF)”. Horowitz 1998: 126.

los vínculos entre la discriminación dirigida hacia los afroamericanos y la dirigida hacia los judíos. Además, *Jewish Life* publicó algunos de los ataques más fuertes de la época contra el antisemitismo (Horowitz 1998: 150-151).

El siguiente es un pasaje de la entrada en la *Encyclopedia of the American Left* (“Enciclopedia de la Izquierda Estadounidense”) que Horowitz usa como su fuente:

*JL*, durante los primeros nueve años y medio de su existencia (1946-1956) se mantuvo fiel a las posiciones sostenidas por el PC de EUA en cuanto los temas judíos y otros. Desde 1948 y hasta mediados de los cincuenta, se adhirió a la visión soviética sobre la asimilación cuando, con Stalin, se cerraron repentinamente todas las instituciones sociales y culturales judías. La explicación de *JL* acerca de estos sucesos fue que simplemente reflejaban un proceso natural de asimilación de los judíos a la población soviética general y por lo tanto debían verse como un avance y como resultado directo de la construcción de una nueva sociedad socialista en la URSS. Cuando la campaña antisemita en la URSS y en Europa Oriental alcanzó su punto más alto durante los años de 1948 a 1953, *JL* se refirió a ella como un mito alimentado por las mentiras de la guerra fría. La publicación defendió los juicios de Praga de 1952 y redactó un efusivo panegírico a la muerte de Stalin, titulado “Stalin y el pueblo judío”. Estas posturas sirvieron para aislar a *JL* de los grupos de judíos organizados (Hacker 1990).

La dificultad central aquí es que cuando se consulta la fuente usada por Horowitz para recabar información sobre *Jewish Life*, lo que uno encuentra es un panorama mucho más claro sobre el hecho de que esta era una publicación del PC de EUA que adhería a su postura en política internacional hasta el punto de condonar la extrema opresión de los judíos en la Unión Soviética.

Horowitz cuenta que Friedan escribió una serie de cuatro artículos para *Jewish Life* en los que atacaba las políticas del Sindicato Internacional del Vestido para Mujeres, que era el mayor rival del UE. El cuarto artículo nunca apareció porque los editores dedicaron ese número a la ejecución de los Rosenberg. Su argumento es que esto debe haber llenado de temor a Friedan, ya que era una mujer judía radical con extensas conexiones en el partido (aunque no dice esto explícitamente), que había tenido un amorío con un miembro del partido que trabajaba en la bomba atómica, etcétera.

Sin embargo, la dramática yuxtaposición que hace Horowitz de la asociación de Friedan con *Jewish Life* (luchando por “causas admirables”) y el drama de la ejecución de los Rosenberg, enfatiza la agresión del estado estadounidense y minimiza totalmente ciertos aspectos de los compromisos políticos de Friedan que podrían ser muy “problemáticos”. Específicamente, ¿por qué escribía Friedan para una publicación que idealizaba a la Unión Soviética hasta el punto de condonar su antisemitismo?

Esta estrategia retórica de hacer hincapié en la “tragedia del macartismo” frente a la “tragedia del estalinismo” permea todo el libro de Horowitz. Además continúa con la ofuscación que comenzó (por cualesquiera razones) Friedan. Evita que se pueda dar un recuento completo del carácter de la política de las mujeres activistas del periodo. Y sin esto, no puede avanzar de manera productiva un diálogo abierto, informado e informativo entre las feministas de la vieja y la nueva izquierdas. Por supuesto, la dificultad para valorar el trabajo de mujeres activistas tales como Friedan es el grado en el cual su comprensión del “machismo”, la “igualdad de las mujeres” y el “terminar con la discriminación de sexo” como ideales podían separarse de la meta a largo plazo de establecer una sociedad afín a la Unión Soviética en los Estados Unidos. Me parece que esta es una de las áreas más problemáticas en las que las feministas socialistas deben involucrarse para hacer su historia. Argüiría que es demasiado simplista revisar el trabajo de activistas/intelectuales/periodistas como Friedan y alabar unilateralmente su trabajo y que tampoco es útil descartarlo debido a sus vínculos con el estalinista Partido Comunista de EUA ●

Traducción: **Cecilia Olivares**

### Bibliografía

- Bowlby, Rachel, 1987, “The problem with no name: rereading Friedan’s *The Feminine Mystique*”, *Feminist Review*, núm. 27, septiembre, pp. 61-75.
- Friedan, Betty, 1976, “The way we were ... 1949”, en *It changed my life: writings on the women’s movement*, Dell, Nueva York.
- Friedan, Betty, 1997, *The feminine mystique*, W.W. Norton, Nueva York.
- Friedan, Betty, 2001, *Life so far*, Touchstone, Nueva York (en español, *Mi vida hasta ahora*, Cátedra, 2003).
- Hacker, David A., 1990, “Jewish life/Jewish currents”, en Mari Jo Buhle, Paul Buhle y Dan Geogakas (comps.), *Encyclopedia of the American Left*, Garland, Nueva York y Londres.
- Hennessee, Judith, 1999, *Betty Friedan: Her life*, Penguin, Harmondsworth.
- hooks, bell, 2000, *Feminist theory: From margin to center*, South End Press, Cambridge, MA.

- Horowitz, Daniel, 1998, *Betty Friedan and the making of The feminine mystique: the American Left, the Cold War, and modern Feminism*, University of Massachussets, Amherst.
- Isserman, Maurice, 1982, *Which side were you on?: The American Communist Party during the Second World War*, Wesleyan University Press, Middletown.
- Meyerowitz, Joanne, 1994, "Beyond *The feminine mystique*: A reassessment of postwar mass culture, 1946-1958", en Meyerowitz, Joanne (comp.), *Not June Cleaver: Women and gender in postwar America, 1945-1960*, Temple University Press, Filadelfia, pp. 229-262.
- Moskowitz, Eva, 1996, "'It's good to blow your top': women's magazines and a discourse of discontent, 1945-1965", *Journal of Women's History*, otoño, pp. 66-98.
- Quindlen, Anna, 1997, "Introduction", en Betty Friedan, *The Feminine Mystique*, W.W. Norton, Nueva York.
- Tong, Rosemarie, 1998, *Feminist thought*, Westview Press, Boulder.
- Weigand, Kate, 2001, *Red Feminism: American Communism and the making of women's liberation*, Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres.